**CONDORCET**
***Instrucción Pública****en la Convención Nacional Francesa del 21-IV-1792*

Caballeros,

Ofrecer a todos los individuos de la especie humana los medios para proveer a sus necesidades, asegurar su bienestar, conocer y ejercer sus derechos, escuchar y cumplir sus deberes; Asegúrale a cada uno la facilidad de perfeccionar su industria, de hacerse capaz de las funciones sociales a las que tiene derecho a ser llamado, de desarrollar en toda su extensión los talentos que ha recibido de la naturaleza, y así establecerse. la igualdad de hecho entre los ciudadanos, y hacer realidad la igualdad política reconocida por la ley. Tal debe ser el primer objetivo de una instrucción nacional; y, desde este punto de vista, es para el poder público un deber de justicia. Dirigir la educación de modo que la perfección de las artes aumente los goces de la generalidad de los ciudadanos y la comodidad de quienes las cultivan; que un mayor número de hombres llegue a ser capaz de cumplir bien las funciones necesarias a la sociedad, y que el progreso cada vez mayor de la ilustración abra una fuente inagotable de ayuda en nuestras necesidades, de remedios en nuestros males, de medios para la felicidad individual y la prosperidad común ; finalmente, cultivar, en cada generación, las facultades físicas, intelectuales y morales, y, con ello, contribuir a ese mejoramiento general y gradual de la especie humana, fin último hacia el cual deben encaminarse todas las instituciones sociales: tal debe ser el objeto de la instrucción; y es para el poder público un deber impuesto por el interés común de la sociedad, por el de toda la humanidad.

Pero al considerar desde este doble punto de vista la inmensa tarea que se nos ha impuesto, hemos sentido, desde nuestros primeros pasos, que existía una parte del sistema general de instrucción que era posible separar de él, sin dañar el todo, y que era necesario separar de él, para acelerar la realización del nuevo sistema: es la distribución y la organización general de los establecimientos de enseñanza pública.

De hecho, cualesquiera que sean las opiniones sobre la extensión precisa de cada grado de instrucción; sobre cómo enseñar; de la mayor o menor autoridad retenida por los padres o cedida a los maestros; sobre la reunión de alumnos en internados establecidos por la autoridad pública; sobre los medios de unir el desarrollo de las facultades físicas y morales a la instrucción propiamente dicha, la organización puede ser la misma; y, por otro lado, la necesidad de designar los lugares de los establecimientos, de hacer compilar los libros elementales, mucho antes de que estos establecimientos pudieran ponerse en funcionamiento, hizo necesario especificar la decisión de la ley sobre esta parte del trabajo que confiado a nosotros.

Pensamos que, en este plan de organización general, nuestro primer cuidado debe ser hacer, por un lado, la educación como igual, como universal; de otra, tan completa como las circunstancias lo permitieran, que era necesario dar a todos por igual la instrucción que a todos es posible extender; pero no negar a ninguna parte de los ciudadanos la instrucción superior, que es imposible compartir con toda la masa de los individuos; establecer uno, porque es útil a los que lo reciben; y la otra, porque es para los que no la reciben.

La primera condición de toda instrucción es enseñar sólo verdades, los establecimientos que el poder público le dedique deben ser lo más independientes posible de cualquier autoridad política; y como, sin embargo, esta independencia no puede ser absoluta, se sigue del mismo principio, que deben hacerse dependientes sólo de la Asamblea de Representantes del Pueblo, porque, de todos los poderes, es el menos corruptible, el más alejado de dejándose llevar por intereses particulares, los más sujetos a la influencia de la opinión general de los hombres ilustrados, y sobre todo porque, siendo aquél de quien emanan esencialmente todos los cambios, es por tanto el menos hostil al progreso de la Ilustración, el menos opuesto a las mejoras que este progreso debe traer consigo.

Finalmente, observamos que la educación no debe abandonar a las personas al salir de la escuela; que debe abarcar todas las edades; que no había ninguno donde no fuera útil y posible aprender, y que esta segunda instrucción es tanto más necesaria cuanto que la de la niñez ha sido confinada dentro de límites más estrechos. Esta es incluso una de las causas de la ignorancia en que hoy se encuentran sumergidas las clases pobres de la sociedad; carecían de la posibilidad de recibir una primera educación aún menos que de la posibilidad de conservar sus ventajas. el de la infancia ha sido confinado dentro de límites más estrechos. Esta es incluso una de las causas de la ignorancia en que hoy se encuentran sumergidas las clases pobres de la sociedad; carecían de la posibilidad de recibir una primera educación aún menos que de la posibilidad de conservar sus ventajas. el de la infancia ha sido confinado dentro de límites más estrechos. Esta es incluso una de las causas de la ignorancia en que hoy se encuentran sumergidas las clases pobres de la sociedad; carecían de la posibilidad de recibir una primera educación aún menos que de la posibilidad de conservar sus ventajas.

No queríamos que un solo hombre en el Imperio pudiera decir en adelante: la ley me aseguraba la completa igualdad de derechos, pero se me niegan los medios para conocerlos. Sólo debo depender de la ley, pero mi ignorancia me hace dependiente de todo lo que me rodea. Me enseñaron bien en mi infancia que necesitaba saber; pero obligados a trabajar para ganarse la vida, estas nociones tempranas pronto se desvanecieron; y todo lo que queda es el dolor de sentir, en mi ignorancia, no la voluntad de la naturaleza, sino la injusticia de la sociedad.

Creíamos que el poder público debía decir a los ciudadanos pobres: la fortuna de vuestros padres sólo podía proporcionaros los conocimientos más indispensables; pero estáis seguros de los medios fáciles de conservarlos y extenderlos. Si la naturaleza os ha dado talentos, podéis desarrollarlos, y no se perderán ni para vosotros ni para la patria.

Así, la educación debe ser universal, es decir extenderse a todos los ciudadanos. Debe distribuirse con toda la igualdad que permitan los necesarios límites de gasto, la distribución de los hombres sobre el territorio y el tiempo, más o menos largo, que los hijos puedan dedicarle. Debe, en sus diversos grados, abarcar todo el sistema de conocimientos humanos y asegurar a los hombres, en todas las edades de la vida, la facilidad de conservar sus conocimientos y adquirir otros nuevos.

Finalmente, ningún poder público debe tener la autoridad o incluso el crédito para impedir el desarrollo de nuevas verdades, la enseñanza de teorías contrarias a su política particular o a sus intereses momentáneos. Estos han sido los principios que nos han guiado en nuestro trabajo.

Hemos distinguido cinco grados de instrucción bajo el nombre: 1° escuelas primarias, 2° escuelas secundarias, 3° institutos, 4° liceos, 5° sociedad nacional de ciencias y artes.

Enseñamos en las escuelas primarias lo necesario para que cada individuo se comporte y goce de la plenitud de sus derechos. Esta instrucción bastará aun a los que se aprovechen de las lecciones destinadas a los hombres para hacerlos capaces de las más simples funciones públicas, a las cuales es bueno que todo ciudadano pueda ser llamado, como la de jurado, la de funcionario municipal. Cualquier conjunto de casas que contenga cuatrocientos habitantes tendrá una escuela y un maestro.

Como no sería justo que en los departamentos donde las viviendas están dispersas o unidas por grupos más pequeños, la gente no obtuviera iguales ventajas, se pondrá una escuela primaria en todos los distritos donde hubiere aldeas lejanas de más de mil toesas, de un lugar que tiene cuatrocientos habitantes. Se enseñará en estas escuelas, a leer, a escribir, lo que necesariamente supone unas nociones gramaticales; le agregaremos las reglas de la aritmética, métodos simples para medir con exactitud la tierra, para medir un edificio, una descripción elemental de las producciones del país, de los procesos de la agricultura y las artes, el desarrollo de las primeras ideas y reglas morales de la conducta derivada de ella,

Estas diversas instrucciones se distribuirán en cuatro cursos, cada uno de los cuales deberá ocupar un año para los hijos de capacidad común. Este período de cuatro años, que permite una división conveniente, para una escuela en la que sólo se puede colocar un maestro, corresponde también con bastante exactitud al espacio de tiempo que, para los niños de las familias más pobres, transcurre entre el momento en que comienzan a poder aprender, y el tiempo en que pueden emplearse en un trabajo útil, sujeto a un aprendizaje regular.

Todos los domingos el maestro abrirá una conferencia pública a la que asistirán ciudadanos de todas las edades: hemos visto en esta institución un medio para dar a los jóvenes esos conocimientos necesarios que sin embargo no pudieron formar parte de su primera educación. Se desarrollarán más extensamente los principios y reglas de la moral, así como aquella parte de las leyes nacionales cuyo desconocimiento impediría a un ciudadano conocer sus derechos y ejercerlos.

Así, en estas escuelas las primeras verdades de las ciencias sociales precederán a sus aplicaciones. Ni la Constitución francesa, ni siquiera la Declaración de Derechos, serán presentadas a ninguna clase de ciudadanos, como mesas descendidas del cielo, a las que hay que adorar y creer. Su entusiasmo no estará fundado en prejuicios, en los hábitos de la niñez; y podemos decirles: "Esta Declaración de Derechos que os enseña tanto lo que debéis a la sociedad como lo que tenéis derecho a exigirle, esta Constitución que debéis mantener a costa de vuestra vida, no son más que el desarrollo de aquellos principios simples, dictados por la naturaleza y por la razón, de los cuales aprendiste, en tus primeros años, a reconocer la verdad eterna. Mientras haya hombres que no obedezcan sólo a su razón, que reciban sus opiniones de una opinión extranjera, en vano se habrán roto todas las cadenas, en vano estas opiniones dominantes serían verdades útiles; el género humano quedaría, sin embargo, dividido en dos clases, la de los hombres que razonan y la de los hombres que creen, la de los amos y la de los esclavos (*Aplausos, varios miembros reclaman la ejecución del decreto dictado en esta reunión respecto a los aplausos*).

Al continuar la educación de esta manera a lo largo de la vida, se evitará que los conocimientos adquiridos en las escuelas se desvanezcan demasiado rápido de la memoria, y se mantendrá una actividad útil en la mente; el pueblo será instruido en nuevas leyes, observaciones de la agricultura, métodos económicos que es importante que no ignore. Finalmente podemos mostrarle el arte de enseñarse a sí mismo, como buscar palabras en un diccionario, usar la tabla de un libro para seguir en un mapa, en un plano, en un dibujo, narraciones o descripciones, notas o extractos. Aquellos medios de aprender, que en una educación más extensa se adquiere por el solo hábito, deben enseñarse directamente en una instrucción limitada a un tiempo más corto,

Sólo hemos hablado aquí, ya sea para niños o para hombres, de enseñanza directa, porque es la única de la cual es necesario conocer el curso, la distribución, la extensión, antes de determinar la organización de los establecimientos de educación pública. Otros medios serán objeto de otra parte de nuestro trabajo. Así, por ejemplo, las fiestas patrias, al recordar a los habitantes del campo, a los ciudadanos de las ciudades, las épocas gloriosas de la libertad, al consagrar la memoria de los hombres cuyas virtudes han honrado su estancia, al celebrar las acciones de devoción o el valor del que fue teatro, les enseñará a cuidar los deberes que se les habrá hecho conocer. Por otro lado, en la disciplina interna de las escuelas, se cuidará de instruir a los hijos para que sean buenos y justos; se les hará practicar, con respecto a los demás, los principios que se les han enseñado; y así, al mismo tiempo que se les habitúe a conformar su conducta a ellas, aprenderán a comprenderlas mejor, a sentir con mayor fuerza su utilidad y justicia.

Tendremos libros compuestos, ya sea para hombres o incluso para niños, hechos para ellos, que puedan leer sin fatiga, y que un interés, ya sea de utilidad inmediata o de placer, los induzca a obtener. . Poned al lado de los hombres más sencillos la instrucción agradable y fácil, especialmente la instrucción útil, y ellos se beneficiarán de ella. Eran las repulsivas dificultades de la mayoría de los estudios, era la vanidad de aquellos a quienes los prejuicios habían dado preferencia, lo que alejaba a los hombres de la educación.

La gimnasia no será olvidada; pero se cuidará de dirigir los ejercicios de tal manera que se desarrollen todas las fuerzas con igualdad, para destruir los efectos de los hábitos forzados que producen los diversos tipos de trabajo. Si se critica este plan por contener una instrucción demasiado extensa, podemos responder que con libros elementales bien hechos y destinados a ser puestos en manos de los niños, con el cuidado de dar a los maestros obras compuestas para ellos, donde puedan instruirse. en la forma de desarrollar los principios, de adecuarse a la inteligencia de los alumnos, de hacer su trabajo más fácil, no hay que temer que la extensión de esta enseñanza exceda los límites de la capacidad ordinaria de los niños. Hay, además, medios para simplificar los métodos, poner las verdades al alcance de las mentes menos experimentadas; y es del conocimiento de estos medios, de la experiencia, que se trazó la tabla de conocimientos elementales que era necesario presentar a todos los hombres, que les era posible adquirir.

También se nos podría reprochar, por el contrario, haber estrechado demasiado los límites de la instrucción destinada a la generalidad de los ciudadanos; pero la necesidad de conformarse con un solo maestro para cada establecimiento, la de situar las escuelas cerca de los niños, el escaso número de años que los de familias pobres pueden dedicar a estudiar, nos han obligado a estrechar esta primera instrucción en estrechos límites. ; y será fácil posponerlas cuando el mejoramiento del estado del pueblo, la distribución más equitativa de las fortunas, la consecuencia necesaria de las buenas leyes, el progreso de los métodos de enseñanza, hayan traído el momento; cuando finalmente la reducción de la deuda, y la de los gastos superfluos, permitirá dedicar a empleos realmente útiles una mayor parte de los ingresos públicos.

Las escuelas secundarias son para niños cuyas familias pueden pasar más tiempo sin trabajar y dedicar más años o incluso algunos avances a su educación. Cada distrito y, además, cada ciudad de cuatro mil habitantes tendrá una de estas escuelas secundarias. Una combinación análoga a la que hemos hablado para las escuelas primarias asegura que no habrá desigualdad en la distribución de estos establecimientos. La enseñanza será la misma en todos; pero tendrán uno, dos, tres profesores según el número de alumnos que se imagine tener que ir allí.

Algunas nociones de matemáticas, historia natural y química necesarias para las artes; desarrollos más extensos de los principios de la moralidad y las ciencias sociales; las lecciones elementales de comercio formarán la base de la instrucción allí.

Los profesores impartirán conferencias semanales abiertas a toda la ciudadanía. Cada escuela tendrá una pequeña biblioteca, un pequeño gabinete donde colocarán algunos instrumentos meteorológicos, algunos modelos de máquinas u oficios, algunos objetos de historia natural, y será para los hombres un nuevo medio de instrucción. Sin duda, sus recaudos serán en un principio nulos; pero aumentarán con el tiempo, se incrementarán con las donaciones, se completarán con los intercambios; contagiarán el gusto por la observación y el estudio y este gusto pronto contribuirá a su progreso. Este grado de educación todavía puede, en algunos aspectos, considerarse como universal, una igualdad más absoluta. Los agricultores, en efecto, son realmente excluidos cuando no se encuentran lo suficientemente ricos para mover a sus hijos; pero los del campo, destinados a los oficios, deben naturalmente completar su aprendizaje en los pueblos vecinos, y recibirán, en las escuelas secundarias, al menos la parte de conocimientos que les será más necesaria. Por otro lado, los agricultores tienen periodos de descanso en el año, parte de los cuales pueden dedicar a la educación, y los artesanos se ven privados de este tipo de ocio. Así, la ventaja de un estudio aislado y voluntario compensa, para unos, la que tienen otros de recibir lecciones más extensas; y, desde este punto de vista, la igualdad aún se preserva, en lugar de destruirse, mediante el establecimiento de escuelas secundarias.

Hay más: a medida que las manufacturas mejoran, sus operaciones se dividen cada vez más, o tienden constantemente a cargar a cada individuo con un trabajo puramente mecánico y reducido a un pequeño número de simples movimientos; trabajo que ejecuta mejor y más rápidamente, pero sólo por el efecto de la costumbre, y en el que su mente cesa casi por completo de actuar. Así, la perfección de las artes se convertiría, para una parte de la especie humana, en motivo de estupidez; crearía en cada nación una clase de hombres incapaces de elevarse por encima de los más bajos intereses; introduciría en él, y una desigualdad humillante, y una semilla de problemas peligrosos, si una instrucción más extensa no ofreciera a los individuos de esta misma clase un recurso contra el efecto infalible de la monotonía de sus ocupaciones cotidianas. La ventaja que las escuelas secundarias parecen dar a las ciudades es, por lo tanto, sólo un nuevo medio para hacer más completa la igualdad.

Las conferencias semanales propuestas para estos dos primeros grados no deben considerarse como un medio débil de instrucción. Cuarenta o cincuenta lecciones al año pueden contener una gran cantidad de conocimientos, de los cuales los más importantes repetidos cada año, otros cada dos años, terminarán siendo completamente entendidos, retenidos e incapaces de ser olvidados. Al mismo tiempo, otra parte de esta enseñanza se renovará continuamente, porque tendrá por objeto, o nuevos procesos de agricultura o artes mecánicas, observaciones, nuevas observaciones, o la exposición de leyes generales, tal como se promulguen de las operaciones de gobierno de interés universal. Apoyará la curiosidad,

Que nadie tema que la seriedad de estas instrucciones alejará a la gente de ellas. Para el hombre ocupado en el trabajo corporal, el descanso solo es un placer, y una ligera contención de la mente una verdadera relajación: es para él lo que el movimiento del cuerpo es para el científico dedicado a estudios sedentarios, en el medio de no dejarse adormecer. las de las facultades que sus ocupaciones habituales no ejercitan suficientemente. El hombre del campo, el artesano de las ciudades, no desdeñará el conocimiento del que habrá conocido las ventajas por su experiencia o la de sus vecinos. Si sólo la curiosidad lo atrae al principio, pronto lo retendrá el interés. Frivolidad, repugnancia por las cosas serias, desdén por lo que sólo es útil, no son los vicios de los pobres; y esta llamada estupidez, nacida de la esclavitud y la humillación, pronto desaparecerá, cuando los hombres libres encuentren entre sí los medios de romper la última y más vergonzosa de sus cadenas.

El tercer grado de instrucción abarca los elementos de todo conocimiento humano. La instrucción, considerada como parte de la educación general, es allí absolutamente completa. Contiene lo necesario para estar en condiciones de prepararse para las funciones públicas que requieren mayor esclarecimiento, o para emprender con éxito estudios más profundos: es allí donde se formarán los maestros de secundaria, que los maestros de primaria las escuelas ya formadas en las de segundo grado mejorarán. Se ha aumentado el número de institutos a ciento diez, y se establecerán más en cada departamento. Allí enseñaremos no sólo lo que es útil saber como hombre, como ciudadano, a cualquier profesión a la que uno esté destinado; pero también todo lo que puede ser para cada gran división de estas profesiones, como la agricultura, las artes mecánicas, el arte militar; y hasta se han agregado los conocimientos médicos necesarios a los simples practicantes, a las parteras, a los artistas veterinarios.

Al repasar la lista de profesores, se notará quizás que los objetos de instrucción no están distribuidos allí según una división filosófica, que las ciencias físicas y matemáticas ocupan un lugar muy amplio, mientras que los conocimientos que dominaban en la antigua enseñanza parecen ser descuidado allí. Pero creímos nuestro deber distribuir las ciencias según los métodos que emplean y, en consecuencia, según la combinación de conocimientos que más comúnmente existe entre los hombres cultos, o que les es más fácil completar. Tal vez una clasificación filosófica de las ciencias hubiera sido en la aplicación sólo embarazosa y casi impracticable. En efecto, ¿Tomaríamos como base las diversas facultades de la mente? Pero el estudio de cada ciencia las pone a todas en actividad y contribuye a desarrollarlas y perfeccionarlas. Incluso los ejercitamos todos al mismo tiempo, en casi todas las operaciones intelectuales. ¿Cómo vas a atribuir tal parte del conocimiento humano a la memoria, a la imaginación, a la razón, si cuando le pides a un niño, por ejemplo, que demuestre una proposición de geometría en un tablero, no puede lograrlo sin usar tanto su memoria, su imaginación y su razón?

Indudablemente pondrás el conocimiento de los hechos en la clase que asignas a la memoria; colocaréis, pues, la historia natural junto a la de las naciones, el estudio de las artes junto al de las lenguas; los separaréis de la química, de la política, de la física, del análisis metafísico, ciencias a las que está ligado este conocimiento de los hechos, y por la naturaleza de las cosas y por el modo mismo de tratarlas. ¿Tomaremos como base la naturaleza de los objetos? Pero el mismo objeto, según la manera de considerarlo, pertenece a ciencias absolutamente diferentes. Estas ciencias así clasificadas requieren cualidades mentales que rara vez reúne la misma persona; habría sido muy difícil de encontrar, y tal vez de entrenar a hombres en condiciones de doblegarse a estas divisiones de la enseñanza. Las mismas ciencias no se relacionarían con las mismas profesiones, sus partes no inspirarían un gusto igual en las mismas mentes, y estas divisiones habrían fatigado tanto a los alumnos como a los maestros. Cualquiera que sea la base filosófica que elijamos, siempre nos encontraremos detenidos por obstáculos del mismo tipo. Además, era necesario dar a cada parte una cierta extensión y mantener entre ellas una especie de equilibrio; ahora bien, en una división filosófica sólo se podría lograr reuniendo enseñando lo que se hubiera separado por clasificación. Hemos, pues, imitado en nuestras distribuciones el curso que ha seguido la mente humana en su investigación, sin pretender someterla a tomar otra, según la que daríamos a la enseñanza. El genio quiere ser libre, toda servidumbre la marchita, y muchas veces la vemos llevar aún, cuando está en toda su fuerza, la huella de los hierros que se le habían dado cuando su primer germen se desarrollaba en los ejercicios de la niñez. Así, siendo necesariamente necesaria una distribución de los estudios, hemos tenido que preferir la que se había establecido libremente, en medio del rápido progreso que han tenido todo tipo de saberes durante medio siglo. Varios motivos han determinado el tipo de preferencia otorgada a las ciencias matemáticas y físicas. Como es necesaria necesariamente una distribución de los estudios, hemos tenido que preferir la que se había establecido libremente, en medio del rápido progreso que toda clase de saberes ha tenido durante medio siglo. Varios motivos han determinado el tipo de preferencia otorgada a las ciencias matemáticas y físicas.

En primer lugar, para los hombres que no se dedican a largas meditaciones, que no profundizan en ningún tipo de conocimiento, incluso el estudio elemental de estas ciencias es el medio más seguro de desarrollar sus facultades intelectuales, de enseñarles a razonar correctamente, a analizar bien sus ideas. Grandes ejemplos lo han demostrado; pero el conocimiento elemental en estos mismos géneros no tiene esta ventaja; usan la razón, pero no la formarían. En las ciencias naturales, las ideas son más simples, más rigurosamente circunscrita; es que el lenguaje es más perfecto, que las mismas palabras expresan las mismas ideas más exactamente. Los elementos son una parte real de la ciencia, confinados dentro de estrechos límites, pero completos en sí mismos. Todavía ofrecen a la razón un medio de ejercitarse, al alcance de un mayor número de mentes, especialmente en la juventud. No hay niño, a menos que sea absolutamente estúpido, que no pueda adquirir algún hábito de aplicación mediante lecciones elementales de historia natural o agricultura. Estas ciencias son un remedio contra los prejuicios, contra la estrechez de miras, si no más seguro, por lo menos más universal que la filosofía misma. Son útiles en todas las profesiones; y es fácil ver cuánto más lo serían si estuvieran repartidos más uniformemente. Quienes siguen sus progresos ven acercarse el tiempo en que la utilidad práctica de su aplicación alcanzará un grado que no se habría atrevido a llevar a cabo sus esperanzas, en que el progreso de las ciencias físicas debe producir una feliz revolución en las artes; y el medio más seguro de acelerar esta revolución es difundir este conocimiento entre todas las clases de la sociedad, para facilitar los medios de adquirirlo. donde el progreso de las ciencias físicas debe producir una feliz revolución en las artes; y el medio más seguro de acelerar esta revolución es difundir este conocimiento entre todas las clases de la sociedad, para facilitar los medios de adquirirlo. donde el progreso de las ciencias físicas debe producir una feliz revolución en las artes; y el medio más seguro de acelerar esta revolución es difundir este conocimiento entre todas las clases de la sociedad, para facilitar los medios de adquirirlo.

Finalmente, hemos cedido al impulso general de las mentes, que en Europa parecen moverse hacia estas ciencias con un ardor cada vez mayor. Hemos sentido que, a consecuencia del progreso de la especie humana, estos estudios que ofrecen alimento eterno e inagotable a su actividad, se hicieron tanto más necesarios cuanto que la mejora del orden social debe ofrecer menos objetos a la ambición o a la codicia; que era importante volcar esta necesidad de actuar, esta sed de gloria, hacia objetos útiles, a los que el estado de una sociedad bien gobernada no ofrece un campo suficientemente amplio; y finalmente sustituir la ambición de iluminar a los hombres por la de dominarlos.

En la parte de la antigua enseñanza que corresponde a este tercer grado de instrucción, nos limitamos a un pequeño número de objetos: debemos abarcarlos a todos. Parecíamos haber querido hacer sólo teólogos o predicadores: aspiramos a formar hombres ilustrados. La antigua enseñanza no era menos defectuosa en su forma que en la elección y distribución de los objetos. Durante seis años, un estudio progresivo del latín formó la base de la instrucción; y fue en este contexto que se difundieron los principios generales de la gramática, algunos conocimientos de geografía e historia, algunas nociones del arte de hablar y escribir. Cuatro profesores están aquí destinados a cumplir las mismas indicaciones; pero los objetos de los estudios son separados, pero cada maestro enseña un solo conocimiento; y este arreglo, que es más favorable al progreso de los alumnos, compensará con creces la reducción del número de maestros. Todavía podemos encontrar la lengua latina demasiado descuidada. Pero, ¿desde qué punto de vista se debe considerar una lengua en la educación general? ¿No es suficiente poner a los alumnos en condiciones de leer los libros realmente útiles escritos en este idioma y poder, sin maestros, hacer nuevos progresos? ¿Se puede considerar el conocimiento completo de un idioma extranjero, el de las bellezas de estilo que ofrecen las obras de los hombres de genio que lo han utilizado, como uno de esos conocimientos generales que todo hombre ilustrado, todo ciudadano que se propone a la compañía más importante puestos de trabajo, no puede ignorar? Por qué singular privilegio, cuando el tiempo reservado para la instrucción, cuando el objeto mismo de la educación nos obliga a limitarnos en todos los géneros a los conocimientos elementales, y luego a dejar correr libremente el gusto de los jóvenes hacia aquellos que quieren cultivar, ¿sería sólo el latín el objeto? de una instrucción más extensa? ¿Se considera el lenguaje general de los eruditos, aunque cada día pierde esta ventaja? Pero basta un conocimiento elemental de latín para leer sus libros; pero no hay obra realmente importante de ciencia, filosofía, política, que no haya sido traducida; pero todas las verdades contenidas en estos libros existen, y mejor desarrolladas, y unidas con nuevas verdades, en libros escritos en lengua vulgar. La lectura de los originales es realmente útil sólo para aquellos cuyo objeto no es el estudio de la ciencia misma, sino el de su historia. En fin, puesto que hay que decirlo todo, puesto que todos los prejuicios ahora deben desaparecer, el estudio largo y profundo de las lenguas de los antiguos, estudio que exigiría la lectura de los libros que nos dejaron, tal vez sería más nocivo que eso. útil. Buscamos en la educación dar a conocer las verdades, y estos libros están llenos de errores. Buscamos entrenar la razón, y estos libros pueden desviarla. Estamos tan lejos de los antiguos, nos hemos adelantado tanto a ellos en el camino de la verdad, que hay que tener la razón ya bien armada, para que estos preciosos despojos la enriquezcan sin corromperla. Como modelos en el arte de la escritura, en la elocuencia, en la poesía, los antiguos pueden servir sólo a aquellas mentes ya fortificadas por estudios primarios. ¿Cuáles son, en efecto, los modelos que no se pueden imitar sin examinar constantemente qué nos obliga a cambiar la diferencia de costumbres, lenguas, religiones, ideas? Citaré sólo un ejemplo. Demóstenes, desde la tribuna, estaba hablando a los atenienses reunidos; el decreto que había obtenido su discurso fue emitido por la nación misma, y ​​luego circularon lentamente copias de la obra entre los oradores o sus alumnos. Aquí pronunciamos un discurso no ante el pueblo, sino ante sus representantes; y este discurso, difundido por imprenta, pronto hay tantos jueces fríos y severos como ciudadanos en Francia ocupados en asuntos públicos. Si una elocuencia viva, apasionada, seductora, puede a veces engañar a las asambleas populares, aquellos a quienes engaña no tienen más que pronunciarse sobre sus propios intereses; sus faltas recaen sólo sobre ellos mismos. Pero los representantes del pueblo que, seducidos por un orador, se rindieran a una fuerza distinta a la de la razón, estarían traicionando su deber, ya que se pronuncian sobre los intereses de los demás, y pronto perderían la confianza pública en la que sólo cualquier Se admite constitución representativa. Así, esta misma elocuencia, necesaria a las constituciones antiguas, sería, en la nuestra, el germen de una corrupción destructiva. Entonces se permitió, quizás útil, mover a la gente. Le debemos a él buscar solo para iluminarlo. Pese toda la influencia que este cambio en la forma de las constituciones, todo lo que la invención de la imprenta puede tener sobre las reglas del arte de hablar, y luego decida si es en los primeros años de la juventud cuando los antiguos oradores deben ser detenidos. arriba como modelos. Debéis a la nación francesa una instrucción a la altura del espíritu del siglo XVIII, de esa filosofía que, iluminando a la generación contemporánea, presagia, prepara y ya anticipa la razón superior a la que el necesario progreso del género humano llama a las generaciones futuras. Todo lo que la invención de la imprenta puede tener sobre las reglas del arte de hablar, y luego decidir si es en los primeros años de la juventud cuando los antiguos oradores deben ser dados como modelos. Debéis a la nación francesa una instrucción a la altura del espíritu del siglo XVIII, de esa filosofía que, iluminando a la generación contemporánea, presagia, prepara y ya anticipa la razón superior a la que el necesario progreso del género humano llama a las generaciones futuras.

Tales han sido nuestros principios; y es de acuerdo con esta filosofía, libre de toda cadena, libre de toda autoridad, de todo hábito antiguo, que hemos elegido y clasificado los objetos de la instrucción pública. Es de acuerdo con esta misma filosofía que hemos considerado las ciencias morales y políticas como parte esencial de la instrucción común. ¿Cómo podemos esperar, en efecto, elevar alguna vez la moralidad del pueblo, si no damos como base para la de los hombres que pueden iluminarla, que están destinados a dirigir, un análisis exacto y riguroso de los sentimientos morales, de las ideas que resultan de él, de los principios de justicia que son su consecuencia? Las buenas leyes, decía Platón, son aquellas que los ciudadanos aman más que a la vida. De hecho, qué buenas serían las leyes, si, para hacerlos ejecutar, ¿era necesario emplear una fuerza ajena a la del pueblo, y prestar a la justicia el apoyo de la tiranía? Pero para que los ciudadanos amen las leyes sin dejar de ser verdaderamente libres, para que conserven esa independencia de la razón, sin la cual el ardor de la libertad es sólo una pasión y no una virtud, es necesario que conozcan estos principios de justicia natural, estos derechos esenciales del hombre, de los cuales las leyes son sólo el desarrollo o la aplicación. Es necesario saber distinguir en las leyes las consecuencias de estos derechos y los medios más o menos acertados combinados para asegurar su garantía; amar a unos porque la justicia les dictaba; otros, porque fueron inspirados por la sabiduría. Es necesario saber distinguir esta devoción de la razón que debemos a las leyes que aprueba, de esta sumisión, este apoyo exterior que el ciudadano les debe todavía, aun cuando su conocimiento le muestre el peligro o la imperfección de las mismas. Es necesario que, amando las leyes, se sepa juzgarlas. Un pueblo nunca gozará de una libertad constante y segura si la instrucción en las ciencias políticas no es general, si no es independiente de todas las instituciones sociales, si el entusiasmo que despertáis en el alma de los ciudadanos no está dirigido por la razón, si puede iluminar por lo que no sería la verdad, si atando al hombre por el hábito, por la imaginación, por el sentimiento a su constitución, a sus leyes, a su libertad, no os preparáis para ello, por una instrucción general, los medios de llegar a una constitución más perfecta, de darse mejores leyes y de alcanzar una libertad más entera. Porque es con la libertad, con la igualdad, con estos grandes objetos de meditación política, como con los de las otras ciencias, existe en el orden de las cosas posibles un último término al que la naturaleza ha querido que podamos acercarnos sin cesar, pero que se nos niega poder alcanzar.

Este tercer grado de instrucción da a quienes se benefician de él una superioridad real que la distribución de funciones en la sociedad hace inevitable; pero esta es una razón más para querer que esta superioridad sea la de la razón y de la verdadera ilustración para buscar formar hombres instruidos, y no hombres hábiles; finalmente, para no olvidar que las desventajas de esta superioridad se reducen en la medida en que es compartida entre un mayor número de individuos; que cuanto más ilustrados están los que la disfrutan, menos peligrosa es y que es por tanto la verdad, el único remedio contra esta superioridad de la habilidad que, en lugar de dar apoyo y guía a la ignorancia, no es fértil sino en medios de seduciéndola.

La docencia se dividirá por cursos, unos encadenados entre sí, los otros separados, aunque realizados por el mismo profesor. La distribución será tal que un alumno pueda seguir cuatro cursos a la vez, o seguir solo uno; abrazar, en el espacio de unos cinco años, la totalidad de la instrucción, si tiene gran facilidad; limitarse a un solo juego en el mismo espacio de tiempo, si tiene disposiciones menos alegres. Incluso podemos, para cada ciencia, detenernos en tal o cual término, dedicarle más o menos tiempo; de modo que estas diversas combinaciones se prestan a todas las variaciones de talentos, a todas las posiciones personales. Los profesores realizarán conferencias públicas una vez al mes. Como están destinados a hombres ya más educados, más capaces de adquirir luces por sí mismas, es menos necesario multiplicarlas. Su objeto principal serán los descubrimientos en las ciencias, los experimentos, las nuevas observaciones, los procesos útiles a las artes; y, por nuevo, entendemos aquí lo que, sin salir de los límites de una instrucción elemental, no está aún colocado en el rango de conocimiento común, de los procedimientos generalmente adoptados. Cerca de cada colegio habrá una biblioteca, un gabinete, un jardín botánico, un jardín agrícola. Estos establecimientos estarán a cargo de un curador; y uno siente que los hombres que no carecen de algunas luces pueden aprender mucho aprovechando estas colecciones y las explicaciones que el curador y los profesores no les negarán.

Finalmente, como en este nivel de instrucción no es necesario limitarse a simples explicaciones, también es necesario ejercitar a los alumnos, ya sea en demostraciones, en discusiones o incluso en algunas composiciones; que es necesario averiguar si oyen, si retienen; si sus facultades intelectuales adquieren actividad y fuerza; puede reservarse un lugar en cada habitación para aquellos que, sin ser alumnos, sin estar, en consecuencia, sujetos a las preguntas que se les hagan, al trabajo que se les imponga, quieran seguir un curso de instrucción, o asistir a algunas lecciones. Este tipo de publicidad, regulada de tal manera que no pueda perturbar el orden de la enseñanza, tendría tres ventajas: la primera, proporcionar medios de iluminación, a aquellos ciudadanos que no hayan podido recibir una educación completa, o que no se hayan beneficiado lo suficiente de ella; ofrecerles la posibilidad de adquirir en todas las edades los conocimientos que puedan resultarles útiles, hacer que el bien inmediato que puede resultar del progreso de la ciencia no quede reservado exclusivamente a los estudiosos y jóvenes: el segundo, que los padres sean capaces de presenciar las lecciones dadas a sus hijos: la tercera, finalmente, que los jóvenes se pongan de alguna manera ante los ojos del público, tendrán más emulación, y se acostumbrarán pronto a hablar con seguridad, con facilidad, con la decencia, hábito que unos pocos ejercicios solemnes no podían hacer que contrajeran. En las ciudades de guarnición, el profesor de arte militar puede ser instruido para abrir, para los soldados, una conferencia semanal, cuyo objeto principal será la explicación de las leyes y los reglamentos militares, el cuidado de explicarles el espíritu y las razones de los mismos; porque la obediencia del soldado a la disciplina ya no debe distinguirse de la sumisión del ciudadano a la ley; también debe ser ilustrado y comandado por la razón y el amor a la patria, antes de serlo por la fuerza o el miedo al castigo.

Mientras que en los institutos se enseñará la teoría elemental de las ciencias médicas, teoría suficiente para iluminar la práctica del arte, los médicos en los hospitales podrán enseñar esta práctica y dar lecciones de cirugía; de modo que multiplicando las escuelas donde se recibirán estos conocimientos elementales, pero correctos, se puede asegurar a la parte más pobre de los ciudadanos la ayuda de hombres ilustrados, formados por un buen método, instruidos en el arte de observar, y libres de la prejuicios de la ignorancia, así como de los de las doctrinas sistemáticas.

En los puertos marítimos, los profesores privados de hidrografía y pilotaje podrán enseñar el arte náutico a los alumnos que ya hayan sido preparados con lecciones de matemáticas, astronomía y física, que forman parte de la educación general. En otros lugares, con la ayuda de estas mismas lecciones, bastará un pequeño número de maestros para instruir a otros alumnos en la práctica del arte de las construcciones; y en todos los géneros, esta distribución de la instrucción común hará más sencilla y menos onerosa toda clase de instrucción particular cuya utilidad pública exija su establecimiento.

Los principios de moralidad que se enseñen en las escuelas y en los institutos serán los que, fundados en nuestros sentimientos naturales y en la razón, pertenezcan por igual a todos los hombres. La Constitución, al reconocer el derecho de cada individuo a elegir su religión, al establecer la plena igualdad entre todos los habitantes de Francia, no permite la admisión, en la instrucción pública, de una enseñanza que, al rechazar a los niños de una parte de los ciudadanos, destruiría la igualdad de las ventajas sociales y daría a los dogmas particulares una ventaja contraria a la libertad de opinión. Por lo tanto, era estrictamente necesario separar de la moralidad los principios de cualquier religión en particular, y no admitir en la instrucción pública la enseñanza de ningún culto religioso. Cada uno de ellos debe ser enseñado en los templos por sus propios ministros. Los padres, cualquiera que sea su opinión sobre la necesidad de tal o cual religión, podrán entonces sin repugnancia enviar a sus hijos a los establecimientos nacionales; y el poder público no habrá usurpado los derechos de la conciencia, so pretexto de iluminarla y orientarla. Además, ¡cuán importante es no basar la moralidad únicamente en los principios de la razón! Cualquier cambio que sufran las opiniones de un hombre en el curso de su vida, los principios establecidos sobre esta base permanecerán siempre igualmente verdaderos, siempre serán invariables como él; los opondrá a los intentos que alguno pueda hacer para engañar su conciencia; conservará su independencia y rectitud, y no veremos más este espectáculo tan penoso de hombres que se imaginan cumpliendo con sus deberes violando los más sagrados derechos, y obedeciendo a Dios traicionando a su patria. Aquellos que todavía creen en la necesidad de basar la moral en una religión particular, deben ellos mismos aprobar esta separación: pues, sin duda, no es la verdad de los principios de la moral lo que hacen depender de sus dogmas; sólo piensan que los hombres encuentran en ella motivos más poderosos para ser justos; ¿Y no adquirirán estos motivos una fuerza mayor sobre cualquier mente capaz de reflexionar, si se emplean sólo para fortalecer lo que la razón y el sentimiento interno ya han mandado? ¿Se dirá que la idea de esta separación se eleva demasiado por encima de la iluminación actual de la gente? si se emplean sólo para fortalecer lo que la razón y el sentimiento interior ya han mandado? ¿Se dirá que la idea de esta separación se eleva demasiado por encima de la iluminación actual de la gente?

No, sin duda; porque, tratándose aquí de instrucción pública, tolerar un error sería hacerse cómplice de él; no consagrar altamente la verdad sería traicionarla. E incluso si fuera cierto que la consideración política mancillaría todavía, durante algún tiempo, las leyes de una nación libre; cuando esta doctrina insidiosa o débil encontraría excusa en esta estupidez, que se gusta suponer en el pueblo para tener pretexto para engañarlo u oprimirlo; al menos, la instrucción que debe traer el tiempo en que estas consideraciones serán inútiles, sólo puede pertenecer a la verdad sola, y debe pertenecer a ella enteramente.

Hemos dado el nombre de liceo al cuarto nivel de instrucción; todas las ciencias se enseñan allí en toda su extensión. Es allí donde se forman los eruditos, los que hacen del cultivo de su mente, el perfeccionamiento de sus propias facultades una de las ocupaciones de su vida, los que están destinados a profesiones en las que no se puede obtener gran éxito sino con un estudio completo. de una o varias ciencias. Aquí es también donde los maestros deben ser capacitados. Es por medio de estos establecimientos que cada generación puede transmitir a la siguiente lo que ha recibido de la anterior y lo que ha podido añadirle.

Proponemos establecer nueve escuelas secundarias en Francia. Las luces, partiendo de varios hogares a la vez, se difundirán con más igualdad, y se distribuirán en una mayor masa de ciudadanos. Estaremos seguros de mantener en los departamentos un mayor número de hombres ilustrados, que, obligados a completar su educación en París, habrían tenido la tentación de establecerse allí, y según la forma de la Constitución esta consideración es muy importante.

En efecto, la ley obliga a elegir a los diputados a la legislatura entre los ciudadanos de cada departamento, y si no obligara allí, la utilidad común todavía lo exigiría, al menos en una parte muy grande. Los administradores y jueces también se toman dentro del departamento donde ejercen sus funciones. ¿Cómo se puede pretender que nada se ha descuidado para preparar a la Nación hombres capaces de las funciones más importantes, si una sola ciudad les ofrece los medios para instruirse? ¿Cómo podría decirse que a todos los talentos se les ha ofrecido el medio de desarrollo, que a ninguno se le ha permitido escapar, si en un Imperio tan vasto como Francia, sólo encontraron en un único punto la oportunidad de formarse?

Además, no habría sido sin desventaja para el éxito, y especialmente para la igualdad de la instrucción común, abrir a los profesores de los institutos una sola escuela, y abrirla en París. El número de liceos se ha fijado en nueve porque, al comparar este número con el de las grandes universidades de Inglaterra, Italia y Alemania, parecía corresponder a lo que demandaba la población de Francia. En efecto, sin que el número de alumnos pueda perjudicar la enseñanza, un hombre de cada 1.600 podrá seguir un curso de estudios en las escuelas secundarias; y esta proporción es suficiente para una instrucción necesaria sólo para un pequeño número de profesiones donde sólo se enseña la parte de las ciencias que la eleva por encima de los elementos.

La enseñanza que nos proponemos establecer es más completa, la distribución de la misma está más al nivel del estado actual de las ciencias en Europa, que en cualquiera de los establecimientos de este tipo que existen en países extranjeros: creíamos que ningún tipo de inferioridad podría convenir a la nación francesa y como cada año está marcado en las ciencias por nuevos progresos, no sobrepasar lo que se encuentra establecido sería permanecer por debajo.

Algunas de estas escuelas secundarias se colocarán de tal manera que atraigan a jóvenes extranjeros. La ventaja comercial resultante es de poca importancia para una gran Nación: pero la de difundir los principios de igualdad y libertad en un área más grande, pero esa reputación que la afluencia de extranjeros que vienen allí en busca de ilustración, pero los amigos que este pueblo asegura. entre estos jóvenes criados en su seno, sino la inmensa ventaja de hacer más universal su lenguaje, pero la fraternidad que de ello puede resultar entre las naciones, no deben pasarse por alto todas estas visiones de un fin más noble.

Algunas escuelas secundarias deben, por lo tanto, colocarse al alcance de las fronteras en su distribución general sobre la superficie del imperio, debiendo evitarse cualquier desproporción excesiva entre sus respectivas distancias. Las ciudades que ya contengan grandes establecimientos dedicados a la instrucción o al progreso de las ciencias, tienen derecho a una preferencia fundada en criterios de economía y en el interés mismo de la educación. En fin, ejercer una influencia peligrosa sobre la educación y someterla a las opiniones locales presentaría más ventajas que las grandes ciudades comerciales, donde una mayor carestía de las necesidades de la vida alejaría a los niños de las familias pobres, mientras que los padres aún podrían temer allí. seducciones más poderosas, ocasiones más multiplicadas de disipación y gasto. No hemos extendido esta última consideración a París. La voz unánime de Europa, que desde hace un siglo considera a esta ciudad como una de las capitales del mundo culto, no lo permitiría. Es combinando estos diversos principios, otorgando más o menos a cada uno de ellos, que hemos determinado la ubicación de las escuelas secundarias. El liceo de París se diferenciará de los demás sólo por una enseñanza más completa de lenguas antiguas y modernas, y tal vez por algunas instituciones dedicadas a las artes agradables; objetos que, por su naturaleza, requieren un solo establecimiento para Francia. Creíamos que una institución donde se enseñarían todos los idiomas conocidos, donde personas de todos los países encontrarían un intérprete, donde podría analizar, comparar todas las formas en que los hombres han formado y clasificado sus ideas, debería conducir a importantes descubrimientos, y facilitar los medios de un acercamiento entre los pueblos, que ya no es hora de relegar a quimeras filosóficas.

Es en las escuelas secundarias donde los jóvenes cuya razón ya está formada, aprenderán estudiando la antigüedad, y aprenderán sin peligro, porque, ya capaces de calcular los efectos de la diferencia de costumbres, gobiernos, idiomas, el progreso de opiniones o ideas, podrán sentir y juzgar las bellezas de sus modelos.

La instrucción en los liceos será común a los jóvenes que estén completando su educación ya los varones. Más de una vez hemos visto, en París, a los miembros de las academias seguir exactamente las lecciones del colegio real y más a menudo asistir a algunas cuyo tema les ofrecía un mayor interés. Además, las bibliotecas más completas, los gabinetes más amplios, los jardines botánicos y agrícolas más grandes siguen siendo un medio de instrucción, y a ellos se suma el de las conferencias públicas entre profesores, porque se pueden tratar cuestiones sobre las que las circunstancias exigen curiosidad; y que no pueden entrar en lecciones necesariamente sujetas a un orden regular.

En estos cuatro grados de instrucción, la instrucción será totalmente gratuita. El Acta Constitucional lo pronuncia para el primer grado y el segundo, que también puede tener carácter general, no podía dejar de ser gratuito sin establecer una desigualdad favorable a la clase más rica, que paga las cotizaciones en proporción a sus facultades, y sólo pagar la educación en proporción al número de niños que proporcionaba para las escuelas secundarias.

En cuanto a los demás grados, es importante para la prosperidad pública dar a los hijos de las clases más pobres, que son los más numerosos, la posibilidad de desarrollar sus talentos: este es un medio no sólo de asegurar al país más ciudadanos en condiciones de servir, en las ciencias, a más hombres capaces de contribuir a su progreso, pero también de disminuir esta desigualdad que surge de la diferencia de fortunas, de mezclar las clases que esta diferencia tiende a separar. El orden de la naturaleza no establece en la sociedad otra desigualdad que la de la instrucción y la riqueza, y extendiendo la instrucción debilitaréis al mismo tiempo los efectos de estas dos causas de distinción. La ventaja de la educación, unida menos exclusivamente a la de la opulencia, se hará menos notoria, y ya no puede ser peligroso; el de nacer rico será equilibrado por la igualdad, por la superioridad misma de los conocimientos que naturalmente deben obtener los que tienen una razón más para adquirirlos.

Además, dado que ni los liceos ni los institutos atraen a un número igual de alumnos, el resultado de la admisión no gratuita sería una diferencia demasiado grande en el estatus de los profesores. Las ciudades opulentas, los países fértiles, tendrían todos los maestros hábiles, y añadirían esta ventaja aún a todas las demás. Como hay partes de las ciencias, y no siempre la menos útil, que exigirán una competencia menor, habría que establecer diferencias en la forma de retribución de los profesores, o dejar entre ellos una desigualdad excesiva que dañaría este tipo de equilibrio entre las diversas ramas del conocimiento humano, tan necesario para su progreso real. Observemos también que el alumno de un instituto o de un liceo en que la instrucción es gratuita, puede seguir un gran número de cursos al mismo tiempo, sin aumentar el gasto de sus padres; que entonces es libre de variar sus estudios, de probar su gusto y su fuerza; mientras que si cada nuevo curso exige un nuevo gasto, se ve obligado a limitar su actividad dentro de límites más estrechos, sacrificando a menudo a la economía una parte importante de su instrucción: y este inconveniente todavía existe sólo para las familias no muy ricas. Además, como es necesario dar salarios fijos a los profesores, ya que la contribución que se exigiría de los alumnos sería necesariamente muy débil, la economía lo sería también; y el gasto voluntario que de ello resultaría, recaería menos sobre las familias opulentas que sobre las que se imponen sacrificios para procurar hijos,

Finalmente, la emulación que suscitaría entre los profesores el deseo de aumentar el número de alumnos, cuyo número aumentaría sus ingresos, no se debe a sentimientos lo bastante elevados como para permitirse arrepentirse. ¿No sería de temer que resultara más bien de esta emulación de rivalidades entre los establecimientos de instrucción; que los maestros buscan brillar más que instruir; que sus métodos, incluso sus opiniones, no estaban calculados según el deseo de atraer a ellos un mayor número de alumnos; ¿Que no cedieron al temor de ahuyentarlos combatiendo ciertos prejuicios, levantándose contra ciertos intereses? Después de haber liberado la instrucción de toda clase de autoridad, cuidémonos de no someterla a la opinión común:

Más allá de las escuelas primarias, la instrucción deja de ser estrictamente universal. Pero creímos que cumpliríamos el doble objeto, y asegurar al país todos los talentos que puedan servirle, y no privar a ningún individuo. de la ventaja de desarrollar los que ha recibido, si los hijos que más habían anunciado en un grado de instrucción, fueran llamados a pasar por el grado superior, y mantenidos a expensas del erario nacional, bajo el nombre de alumnos del país natal.

Según el plan del comité, tres mil ochocientos cincuenta niños, más o menos, recibirían una suma suficiente para su sustento; mil seguirían la instrucción de los institutos, seiscientos la de los liceos; unos cuatrocientos lo dejarían cada año para ocupar empleos útiles en la sociedad, o para dedicarse a las ciencias; y nunca en ningún país el poder público hubiera abierto a la parte pobre del pueblo tan abundante fuente de prosperidad e instrucción; nunca habría empleado medios más poderosos para mantener la igualdad natural.

Ni siquiera nos hemos limitado a fomentar el estudio de las ciencias; no hemos descuidado la industria modesta, que sólo pretendería abrir una entrada más fácil a una profesión laboriosa; se quería que hubiera también recompensas por la asiduidad, por el amor al trabajo, por la bondad, aun cuando ninguna cualidad brillante elevara su esplendor; y los demás alumnos de la patria recibirán de ella su aprendizaje en las artes de utilidad general.

En las escuelas primarias y secundarias, los libros elementales serán el resultado de un concurso abierto a todos los ciudadanos, a todos los hombres celosos de la instrucción pública; pero se designarán los autores de los libros elementales para los institutos. Nada se prescribirá a los profesores del liceo, sino enseñar la ciencia de que llevarán el nombre los cursos que deban impartir. La extensión de los libros elementales destinados a los institutos, el deseo de ver que hombres ilustres accedieran a emprenderlos, la poca esperanza de que lo hicieran, si no estaban seguros de que su obra sería adoptada, la dificultad de juzgar, todas estas razones determinaron no debemos extender a estos elementos el método de una competencia.

Nos dijimos: siempre que un hombre justamente famoso en cualquier tipo de ciencia desee escribir un libro elemental para esta ciencia, considerará este trabajo como una señal de su celo por la instrucción pública, por el progreso de la ilustración, este trabajo será bueno. Es un hombre famoso en Europa quien debe ser escuchado aquí; y por lo tanto no hay necesidad de temer cometer un error en la elección. Si por el contrario se propone un concurso, ¿quién responderá para obtener un buen libro de primaria? ¿Cómo pronunciar entre diez obras, por ejemplo, cada una de las cuales sería un curso elemental de matemáticas o física, en dos volúmenes? ¿Estamos seguros de que los jueces se dedicarán al aburrimiento de este examen? ¿Estamos completamente seguros de que incluso es posible que juzguen bien? Algunas visiones filosóficas

En los primeros tres grados de instrucción sólo se enseñan elementos más o menos extensos: hay para cada ciencia, para cada una de sus divisiones, un límite que no debe traspasarse. Es pues necesario que el poder público señale los libros que conviene enseñar; pero en las escuelas secundarias donde la ciencia debe enseñarse en su totalidad, entonces depende del maestro elegir los métodos. Esto resulta en una ventaja invaluable: es evitar que la instrucción se corrompa nunca: es asegurarse de que si, por una combinación de circunstancias políticas, los libros elementales se han infectado con doctrinas peligrosas, la enseñanza gratuita de las escuelas secundarias evitará los efectos de esta corrupción; es no tener que temer que el lenguaje de la verdad sea sofocado alguna vez.

Por último, el último nivel de instrucción es una sociedad nacional de las ciencias y las artes, instituida para supervisar y dirigir los establecimientos de instrucción, ocuparse del mejoramiento de las ciencias y las artes, recoger, fomentar, aplicar y difundir los descubrimientos útiles. Ya no se trata de la instrucción particular de los niños, ni siquiera de los hombres, sino de la instrucción de toda la generación, del perfeccionamiento general de la razón humana; no es a las luces de tal individuo en particular que se trata de añadir luces más extensas; es toda la masa del conocimiento la que debe ser enriquecida por nuevas verdades; es al espíritu humano al que debemos preparar nuevas formas de acelerar el progreso,

Proponemos dividir esta sociedad en cuatro clases, que celebrarán sus sesiones por separado. Una sola sociedad demasiado numerosa habría estado sin actividad: o bien reducida a muy pocos miembros para cada ciencia, ya no habría suscitado la emulación; y las malas decisiones, que siempre es imposible evitar, habrían sido allí demasiado peligrosas. Además, habría estado formado por demasiadas partes heterogéneas; los eruditos que lo habrían compuesto habrían hablado demasiados idiomas diferentes, y la mayoría de las lecturas, o las discusiones, habrían sido indiferentes para muchos de los oyentes. Por otra parte, queríamos evitar la multiplicidad de las divisiones: una sociedad, ocupada en una sola ciencia, se deja llevar demasiado fácilmente a contraer un espíritu particular, convertirse en una especie de corporación. Finalmente, es importante para el progreso de las ciencias reunir, y no dividir, las que se mantienen unidas por unos pocos puntos. Mientras cada uno progresa, se enriquece con los descubrimientos propios, estos puntos de contacto se multiplican, estas aplicaciones de una ciencia a otra ofrecen una fructífera cosecha de descubrimientos útiles; y tal debe ser el efecto del crecimiento de la ilustración, que pronto ninguna ciencia estará más aislada, que ninguna será totalmente ajena a las demás. estas aplicaciones de una ciencia a otra ofrecen una fructífera cosecha de útiles descubrimientos; y tal debe ser el efecto del crecimiento de la ilustración, que pronto ninguna ciencia estará más aislada, que ninguna será totalmente ajena a las demás. estas aplicaciones de una ciencia a otra ofrecen una fructífera cosecha de útiles descubrimientos; y tal debe ser el efecto del crecimiento de la ilustración, que pronto ninguna ciencia estará más aislada, que ninguna será totalmente ajena a las demás.

Es a partir de estos puntos de vista que hemos formado las divisiones de la sociedad nacional. La primera clase incluye todas las ciencias matemáticas. Durante un siglo ninguna sociedad científica ha pensado en separarlos. Pasando, por grados imperceptibles, de los que emplean sólo el cálculo, a los que se basan sólo en la observación, casi todos, hoy, pueden emplear estos dos medios para hacer retroceder los límites del conocimiento humano; y es útil que los que mejor saben usar uno u otro de estos instrumentos de descubrimiento, se ayuden, se iluminen; que el químico, que el físico evite que el botánico se limite a la simple nomenclatura de los nombres, a la descripción demasiado escueta de los objetos,

La segunda clase contiene las ciencias morales y políticas. Es sin duda superfluo probar que no debieron separarse y que no debieron confundirse con otros.

El tercero incluye la aplicación de las ciencias matemáticas y físicas a las artes. Aquí estamos más alejados de las ideas comunes. Esta clase abarca la medicina y las artes mecánicas, la agricultura y la navegación. Pero, en primer lugar, pensamos que teníamos que hacer por las aplicaciones habituales de las ciencias, lo que hicimos por las ciencias mismas. Encontramos que aun las distancias eran menos grandes, y las comunicaciones más multiplicadas; que un médico, por ejemplo, que se preocupara de los hospitales, de la manera de colocar o trasladar a los enfermos en ciertas enfermedades, para grandes operaciones, para vendajes difíciles, encontraría ventaja en su encuentro con mecánicos y constructores; que ninguna distinción tan marcada como la de las matemáticas puras, y ciertas partes de las ciencias físicas, no podrían aplicarse a estas artes; que no se debe separar la medicina del arte veterinario de la agricultura, ni la agricultura del arte de la construcción, del de la gestión del agua, y que no se puede romper esta cadena sin romper un eslabón útil. Por lo tanto, quedaba por ver si una de estas partes podría exigir para sí misma la creación de una sociedad aislada. La medicina, la agricultura, la navegación, eran las que más podían reclamarla, y hasta podían alegar a su favor establecimientos ya formados. Pero, ante todo, una sociedad naval, por ejemplo, sólo puede subsistir suponiendo reunidas en ella todas las ciencias en las que se basa el arte naval. Sería por tanto una sociedad de ciencias particularmente aplicadas a la marina, y una especie de duplicación. Del mismo modo, una sociedad médica sólo puede sostenerse llamando a anatomistas, botánicos y químicos. El de agricultura tendrá botánicos, mineralogistas, químicos, hombres ocupados en economía política y comercio, etc.

Pero ¿qué resultará? Una disminución de la consideración por estas sociedades particulares, porque los eruditos que las componen considerarán un lugar en la sociedad que abrazará la generalidad de las ciencias, como un objeto más digno de excitar su emulación. Será pues necesario, o que haya dos, tres sociedades a la vez; que no tiene más provecho que alimentar la vanidad, que perjudica la igualdad: o que se permite pasar de uno a otro; que produciría cambios continuos, perjudiciales para aquello que, teniendo menor consideración, se abandonaría habitualmente: o, en fin, que se quede irrevocablemente fijado en uno de ellos; lo que tendría el inconveniente no menos grande de excluir a las sociedades dedicadas a una sola ciencia, los hombres que pretenderían aquel donde están todos unidos. Además, preguntaré cuántos hombres, por ejemplo, se encontrarán que, no siendo ni lo suficientemente grandes geómetras ni lo suficientemente hábiles en mecánica, para ser colocados como tales en una sociedad culta, pueden, sin embargo, acelerar el progreso de la ciencia naval; cuántos agricultores encontraréis que, sin tener un nombre en botánica, habrán contribuido realmente a algún gran progreso en la agricultura; cuántos médicos o cirujanos famosos como tales, y no por sus descubrimientos en la ciencia. El talento para estas aplicaciones, separándolo del genio de las ciencias, no puede ser compartido por un número suficientemente grande de hombres para formar un cuerpo aparte; y lejos de dañar estas importantes artes, es por el contrario servirles para unirlos en una gran sociedad, donde cada uno de ellos obtiene un pequeño número de plazas. Además, estas sociedades, si estuviesen separadas, se convertirían en cierto modo en un poder elevado por encima de los que cultivan cada una de las profesiones que les corresponden; tomados en conjunto, no pueden ser uno con respecto a la generalidad de los ciudadanos divididos entre estas diversas profesiones.

La cuarta clase contiene gramática, letras, artes del placer, erudición. En la educación pública, en la sociedad nacional, las artes del ocio, como las artes mecánicas, deben ser consideradas sólo en relación con la teoría que les es propia. El objeto es llenar ese intervalo que separa la ciencia abstracta de la práctica; la filosofía de un arte, de simple ejecución. Es en los talleres del pintor como del artesano o del fabricante, donde el arte mismo debe ser enseñado por el ejercicio mismo del arte. Además, nuestras escuelas no prescinden de ir a los talleres; pero allí se aprende a conocer los principios de lo que en otro lugar hay que aprender a ejecutar. Es el medio de establecer en todas las artes, incluso en todos los oficios, práctica informada; unir por el lazo de una razón común, de una misma lengua, a los hombres a quienes más separan sus ocupaciones. Porque nunca hemos perdido de vista esta idea de destruir toda clase de desigualdad, de multiplicar entre los hombres a quienes la naturaleza y las leyes unen al mismo suelo y a los mismos intereses, relaciones que hacen su unión más dulce y más correspondida.

La distribución del trabajo en las grandes sociedades establece entre las facultades intelectuales de los hombres una distancia incompatible con esta igualdad, sin la cual la libertad es, para la clase menos ilustrada, sólo una ilusión engañosa; y sólo existen dos medios de destruir esta distancia: detener por todas partes, si es que se pudiera, el progreso del espíritu humano; reducir a los hombres a la eterna ignorancia, fuente de todos los males; o dejar toda su actividad a la mente, y restaurar la igualdad esparciendo las luces. Este es el principio fundamental de nuestro trabajo; y no es en el siglo XVIII cuando debemos temer el reproche de haber preferido elevar y emancipar todo, que nivelar todo por medio de la humillación y la coacción. Esta enseñanza de las artes, ascendiendo gradualmente desde las escuelas primarias hasta los liceos, llevará a todas las divisiones de la sociedad el conocimiento de los principios que deben orientar allí la práctica de estas artes, difundirá por todas partes y con prontitud los descubrimientos y los métodos. noticias, y sólo difundirá aquellas cuya bondad sea probada por la experiencia: excitará la industria de los artistas, y, evitando al mismo tiempo que se desvíe, evitará la ruina a que los exponen su actividad y su talento. la ignorancia de la teoría los deja a su imaginación; y nada tal vez apresure más el momento en que la nación francesa alcance en las manufacturas, en las artes, el punto donde se habría levantado hace mucho tiempo,

En el plan que proponemos, cada individuo sólo puede ser miembro de una clase; puede pasar de uno a otro; lo cual no tiene inconveniente, porque cada clase es demasiado limitada para admitir en ella sabios que no pertenecen esencialmente a ella, que ninguno admite un miembro que pertenece naturalmente a otro, que ninguno, en fin, no tiene inferioridad de opinión. Por las mismas razones, estos pasajes serán muy raros. Ya hemos observado que cada clase de la sociedad celebraría sesiones de espiritismo por separado; estarán abiertos al público, pero sólo para que los que cultivan las ciencias puedan escuchar las lecturas, seguir las discusiones, y sin necesidad de hacerse oír por los espectadores, de ponerse a su alcance, interesarlos o divertirlos influye en el orden de las sesiones, la forma de las discusiones o la elección del material de lectura. Los miembros de una clase tendrán derecho a sentarse en todas las demás, podrán tomar parte en las discusiones, leer memorias, insertar sus obras en las colecciones publicadas por cada una; y, por este medio, la regla de pertenecer a uno solo no privará de ninguna ventaja real, ni a las ciencias, ni a los que cultiven varias de ellas al mismo tiempo. Sólo la vanidad arruinará la de alargar un nombre unas pocas palabras más. Cada clase se divide en secciones; cada sección tiene un número determinado de miembros, la mitad residentes en París, la otra mitad dispersos en los departamentos. Los miembros de una clase tendrán derecho a sentarse en todas las demás, podrán tomar parte en las discusiones, leer memorias, insertar sus obras en las colecciones publicadas por cada una; y, por este medio, la regla de pertenecer a uno solo no privará de ninguna ventaja real, ni a las ciencias, ni a los que cultiven varias de ellas al mismo tiempo. Sólo la vanidad arruinará la de alargar un nombre unas pocas palabras más. Cada clase se divide en secciones; cada sección tiene un número determinado de miembros, la mitad residentes en París, la otra mitad dispersos en los departamentos. Los miembros de una clase tendrán derecho a sentarse en todas las demás, podrán tomar parte en las discusiones, leer memorias, insertar sus obras en las colecciones publicadas por cada una; y, por este medio, la regla de pertenecer a uno solo no privará de ninguna ventaja real, ni a las ciencias, ni a los que cultiven varias de ellas al mismo tiempo. Sólo la vanidad arruinará la de alargar un nombre unas pocas palabras más. Cada clase se divide en secciones; cada sección tiene un número determinado de miembros, la mitad residentes en París, la otra mitad dispersos en los departamentos. la regla de pertenecer a uno solo no privará de ninguna ventaja real, ni a las ciencias ni a los que quieran cultivar varias de ellas al mismo tiempo. Sólo la vanidad arruinará la de alargar un nombre unas pocas palabras más. Cada clase se divide en secciones; cada sección tiene un número determinado de miembros, la mitad residentes en París, la otra mitad dispersos en los departamentos. la regla de pertenecer a uno solo no privará de ninguna ventaja real, ni a las ciencias ni a los que quieran cultivar varias de ellas al mismo tiempo. Sólo la vanidad arruinará la de alargar un nombre unas pocas palabras más. Cada clase se divide en secciones; cada sección tiene un número determinado de miembros, la mitad residentes en París, la otra mitad dispersos en los departamentos.

Esta división en secciones es necesaria, por cuanto la sociedad está encargada de la vigilancia de la instrucción; y todavía es útil estar seguro de que ninguna parte de las ciencias dejará por un momento de ser cultivada. Ahora bien, esta es una de las mayores ventajas que puede resultar del establecimiento de una sociedad científica. En efecto, cada ciencia tiene sus momentos de boga y sus momentos de abandono. Una inclinación natural conduce a las mentes hacia aquello en que los nuevos medios abren un vasto campo a descubrimientos útiles o brillantes; mientras que, en otro, el talento casi ha agotado los métodos conocidos y espera que el genio le muestre otros nuevos. Así, estas divisiones serán útiles hasta el momento en que las ciencias, extendiéndose más allá de sus límites actuales, se acerquen, se penetrarán entre sí de alguna manera, y se convertirán en uno solo. Fijar el número de miembros también nos pareció útil. Sin esto, una sociedad científica ya no es objeto de emulación; además, deja de poder gobernarse a sí mismo; se ve obligado a confiar el trabajo científico a un comité y se destruye la igualdad. Esto es lo que vemos en la Royal Society de Londres.

¿Cómo podrían setecientos u ochocientos miembros tener igual derecho a leer e imprimir memorias, a decidir sobre quienes merecen preferencia? ¿No es obvio que la gran mayoría sería incapaz de producir buenas obras, e incluso de juzgar bien? Por tanto, es necesario o limitar el número de miembros, o tener, como en Londres, un comité aristocrático, o ser reducido a una nulidad absoluta. La mitad de estos becarios tendrán su residencia habitual en los departamentos; y esa distribución más equitativa, necesaria para el progreso de las ciencias de la observación, de aquellas cuya utilidad es más inmediata, seguirá teniendo la ventaja de difundir las luces con más uniformidad; colocarlos con un mayor número de ciudadanos; estimular más generalmente el gusto por el estudio y la investigación útil; hacer sentir mejor el valor de los talentos y los conocimientos; ofrecer por doquier a la ignorancia instructores y apoyos; a la charlatanería, enemigos rápidos en desenmascararla y combatirla; no dejar a los prejuicios un refugio donde puedan echar nuevas raíces, fortalecerse y extenderse. Los miembros de la sociedad nacional se elegirán a sí mismos. enemigos rápidos para desenmascararlo y combatirlo; no dejar a los prejuicios un refugio donde puedan echar nuevas raíces, fortalecerse y extenderse. Los miembros de la sociedad nacional se elegirán a sí mismos. enemigos rápidos para desenmascararlo y combatirlo; no dejar a los prejuicios un refugio donde puedan echar nuevas raíces, fortalecerse y extenderse. Los miembros de la sociedad nacional se elegirán a sí mismos.

Una vez hecha la primera formación, si contiene más o menos a los hombres más ilustrados, se puede estar seguro de que la sociedad presentará constantemente una reunión de ellos. Durante dos años se ha escrito mucho contra el espíritu dominante de las academias, se nos ha pedido que citemos un solo ejemplo de un descubrimiento real que han rechazado; de un hombre cuya reputación le ha sobrevivido, y que ha sido excluido de ella por otra causa que no sea el efecto de la intolerancia política o religiosa; de un erudito célebre por obras conocidas en Europa, que ha sufrido reiteradas negativas; y nadie respondió. Es que las elecciones se hacen según títulos públicos, títulos que no desaparecen; es que se puede probar el error de los juicios; es que los eruditos y los hombres de letras dependen de la opinión pública; es sobre todo que respondan de sus elecciones ante toda Europa. Esta última observación es tan cierta que cuanto más una especie de ciencia tiene para juzgar a los hombres que la cultivan en países extranjeros, tanto más ha probado también la experiencia que las elecciones fueron irreprochables; y éste sigue siendo uno de los motivos que nos han determinado a limitar el número de miembros de la sociedad nacional. De hecho, mientras los nombres conocidos en Europa puedan llenar casi toda la lista, no habrá que temer malas elecciones.

Sin embargo, se tomaron nuevas precauciones. Primero, se formará una lista pública de candidatos: así, todos aquellos que cultivan las ciencias, que las aman, podrán, conociendo a los competidores, evaluar las elecciones y ejercer la única censura realmente útil sobre la sociedad, la de la opinión. armado con el único poder de la verdad. Toda la clase, compuesta de eruditos en varios géneros, que pronuncian tanto según la fama como según su juicio, reducirá esta lista a un número menor de elegibles; finalmente, se elegirá la sección; y la responsabilidad, recayendo entonces sobre un pequeño número de hombres que juzgan sólo de talentos que deben conocer bien, será suficiente para contenerlos. Los miembros de la sociedad nacional residentes en los departamentos competirán en las elecciones en completa igualdad; lo que nos obliga a tomar un modo de elegir tal que la presentación y la elección se hacen necesariamente cada una por un solo deseo. El ejemplo de la sociedad italiana formada por miembros dispersos basta para probar su posibilidad. Cada clase de la sociedad nacional elige bajo las mismas formas a los profesores de las escuelas secundarias, cuya enseñanza corresponda a las ciencias que son objeto de esta clase. Los profesores de bachillerato nombran a los de los institutos; pero el municipio tendrá derecho a reducir la lista de elegibles. El ejemplo de la sociedad italiana formada por miembros dispersos basta para probar su posibilidad. Cada clase de la sociedad nacional elige bajo las mismas formas a los profesores de las escuelas secundarias, cuya enseñanza corresponda a las ciencias que son objeto de esta clase. Los profesores de bachillerato nombran a los de los institutos; pero el municipio tendrá derecho a reducir la lista de elegibles. El ejemplo de la sociedad italiana formada por miembros dispersos basta para probar su posibilidad. Cada clase de la sociedad nacional elige bajo las mismas formas a los profesores de las escuelas secundarias, cuya enseñanza corresponda a las ciencias que son objeto de esta clase. Los profesores de bachillerato nombran a los de los institutos; pero el municipio tendrá derecho a reducir la lista de elegibles.

En cuanto a los maestros de las escuelas secundarias y primarias, la lista de elegibles la harán los maestros de los institutos del distrito, y la elección corresponderá, para los primeros, al ente municipal del lugar donde esté ubicada la escuela, y por último a la asamblea de padres de familia del distrito escolar. En efecto, los profesores, como los maestros, deben tener conocimientos de los que los órganos administrativos no pueden ser jueces, los cuales sólo pueden ser apreciados por hombres en quienes se tiene derecho a suponer una mayor educación. La lista de elegibles que establece la capacidad debe por tanto estar formada por los miembros de un establecimiento superior.

Pero, si en la elección de un profesor entre los elegibles, es necesario preferir al más docto, al más hábil; en la de los maestros, donde los alumnos son más jóvenes, donde las cualidades morales del maestro influyen más en ellos, donde sólo se trata de enseñar conocimientos muy elementales, hay que tomar como guía la opinión, o de aquellos a quienes la naturaleza ha encargados de la felicidad de la generación naciente, o al menos de sus representantes más inmediatos.

Es con los mismos criterios que se otorga a los municipios el derecho de reducir la lista de los elegibles para profesores de instituto. Las conveniencias personales y locales ya tienen cierta importancia allí; y este derecho de exclusión es suficiente para responder que no serán heridos demasiado abiertamente. Las direcciones formadas en la sociedad nacional, los liceos, los institutos, tendrán a su cargo la inspección ordinaria de los establecimientos inferiores. En circunstancias importantes, la decisión corresponderá a una de las clases de la sociedad nacional, oa la asamblea de profesores, sea del liceo o de los institutos. De este modo, se garantizará la independencia de la instrucción, y la inspección no requerirá ningún establecimiento particular donde se hubiera podido temer el espíritu de dominación.

Como la sociedad nacional se divide en cuatro clases correspondientes a las divisiones científicas; como, en cada objeto importante, el derecho a pronunciarse pertenece a una sola clase, vemos cuánto, sin menoscabo de la seguridad de la inspección, estamos protegidos del temor de ver a los cuerpos instructores levantar en el estado un nuevo poder. La unidad no se rompe, porque las cuestiones generales que interesarían a todo un establecimiento sólo pueden ser resueltas por leyes que habría que plantear al cuerpo legislativo. Si contamos todas las sumas empleadas por los establecimientos literarios sustituidos por las nuevas instituciones, los bienes de las congregaciones docentes, los de los colegios, los sueldos que los pueblos daban a los profesores, ingresos de escuelas de todo tipo; si finalmente le sumamos lo que le costó al pueblo pagar a los maestros de estas escuelas, encontraremos que el gasto de la nueva organización de la instrucción pública no excederá en mucho, y quizás no igualará, esta cantidad que las viejas instituciones costar a la nación.

Así, una educación general, completa, superior a la que existe entre otras naciones, sustituirá, aun con menos gastos, a este sistema de educación pública cuya grosera imperfección ofrecía un contraste, tan vergonzoso para el gobierno, con la ilustración, los talentos y el genio que supo romper entre nosotros todos los lazos de los prejuicios, como todos los obstáculos de las instituciones políticas.

Hemos presentado en este plan la organización de la instrucción pública como creíamos que debía ser, y hemos separado de ella la forma de formar nuevos establecimientos. Hemos pensado que la Asamblea Nacional debe haber determinado lo que quiere hacer, antes de ocuparnos de los medios para cumplir sus puntos de vista. En las aldeas donde habrá una sola escuela primaria, los niños de ambos sexos serán admitidos en ella y recibirán igual instrucción del mismo maestro.

Cuando un pueblo o una ciudad tuviere dos escuelas primarias, una de ellas estará a cargo de un maestro, y los niños de los dos sexos serán separados. Tal es la única disposición relativa a la instrucción de la mujer, que forma parte de nuestra primera obra; esta instrucción será objeto de un informe específico; y, en efecto, si observamos que en las familias no muy ricas, la parte doméstica de la educación de los hijos se deja casi enteramente a las madres; si consideramos que de veinticinco familias que se dedican a la agricultura, al comercio y a las artes, por lo menos una tiene una viuda a la cabeza, sentiremos cuán importante es esta parte del trabajo que se nos encomienda, y para la prosperidad común, y para el progreso general de la iluminación.

Pero, ante todo, no se trata aquí de establecer una distinción, sino un cargo público que es necesario conferir a hombres cuyo número está determinado, cuya reunión está sujeta a formas regulares. La razón exige que los hombres encargados de la instrucción, o los niños o los ciudadanos, sean elegidos por quienes se supone que tienen conocimientos iguales o superiores. ¿No exige también la tutela de los establecimientos de enseñanza esta misma igualdad, si se trata de la enseñanza en los liceos? ¿O esta superioridad, si se trata de establecimientos inferiores? Por lo tanto, era necesario volver a una reunión de hombres que pudieran satisfacer esta condición esencial.

Pero ya no habría ninguna razón para no convocar a la generalidad de los ciudadanos a hacer esta elección; porque si la pretensión de ser erudito bastara para ejercer este derecho, si bastara unirse en un cuerpo que pretendiera ser ilustrado, es bien evidente que estas condiciones no excluirían ni la ignorancia profunda ni las doctrinas más absurdas. Además, eso sería autorizar verdaderas corporaciones; porque cualquier asociación libre a la que se le diera alguna función pública, necesariamente tomaría este carácter. No es sólo la ignorancia lo que debe temerse, es la charlatanería que pronto destruirá tanto la educación pública como las artes y las ciencias, o que al menos usará para destruirlas todo lo que la nación hubiera dedicado a su progreso.

Finalmente, ¿las autoridades públicas elegirían entre estas empresas; y luego un cuerpo compuesto de hombres muy ilustrados, lo sustituiría por otros más numerosos donde las luces serían más débiles, donde los hombres mediocres se presentarían con más facilidad, serían menos fácilmente refrenados por la ascendencia del genio y los talentos superiores, donde en fin, pronto reinaría un ostracismo tanto más espantoso cuanto que la mediocridad es fácilmente engañada o cómplice de la charlatanería, y no infunde en ella ese odio a todo éxito brillante o duradero que le es tan natural. ¿O el poder público reconocería cualquier tipo de sociedad libre? Entonces, cada clase de charlatanes tendría la suya. No sería una ignorancia modesta la que juzgaría los talentos según la opinión común, que ya sería un mal; sino la ignorancia presuntuosa que los juzgaría según su orgullo o su interés. Por el contrario, en el plan que proponemos, las sociedades libres sólo pueden producir efectos saludables. Servirán de censores a la sociedad nacional, que ejercerá sobre ellos al mismo tiempo una censura no menos útil. Aquellos donde dominaría la charlatanería pronto serían aniquilados, porque ninguna esperanza de seducir a la opinión pública los sustentaría. Cada uno de ellos, según la medida que daría a sus ocupaciones, buscaría ser inferior. Sobre todo, serían los jueces naturales de las elecciones de esta sociedad y, por tanto, contribuirían más a asegurar su bondad que si contribuyeran a ella de manera directa.

Finalmente, la sociedad encargada de supervisar la instrucción nacional, de velar por el progreso de la ciencia, la filosofía y las artes, en nombre del poder público, debe estar compuesta únicamente por eruditos; es decir, de hombres que han abrazado una ciencia en toda su extensión, han penetrado en toda su profundidad, o la han enriquecido con descubrimientos. Sin tal sociedad, ya que el conocimiento de los principios de las artes es todavía ajeno a casi todos los que las cultivan; dado que su historia es conocida solo por un pequeño número de estudiosos, ¿cómo no podríamos estar expuestos a ver a la nación y los ciudadanos acoger, recompensar, implementar, como tantos descubrimientos útiles, procesos o medios conocidos desde hace mucho tiempo y rechazados por la teoría sólida?

Las sociedades libres no pueden existir si no admiten tanto a los eruditos como a los aficionados a la ciencia; y es por esto sobre todo que inspirarán el gusto por ellos, que contribuirán a difundirlos, que apoyarán, que perfeccionarán los buenos métodos de estudiarlos; es entonces cuando estas sociedades alentarán las artes sin proteger su charlatanería, formarán para las ciencias una opinión común de hombres ilustrados que será imposible malinterpretar, y de la cual el nacional no será más que el intérprete.

Al mismo tiempo, pudiendo todo ciudadano formar libremente establecimientos de instrucción, resulta también para las escuelas nacionales la necesidad invencible de mantenerse por lo menos al nivel de estas instituciones privadas; y la libertad, o más bien la igualdad, permanece tan completa como puede ser con un establecimiento público. No debemos confundir la sociedad nacional tal como la hemos concebido, con las sociedades científicas a las que reemplaza. La igualdad real que es su base, su absoluta independencia del poder ejecutivo, la completa libertad de opinión que comparte con todos los ciudadanos, las funciones que le son atribuidas respecto de la instrucción pública, una distribución del trabajo que la fuerza para ocuparse sólo de objetos útiles,

Además, en una constitución fundada en la igualdad, no se debe temer ver a una sociedad de hombres ilustrados contraer fácilmente este espíritu de corporación tan peligroso, pero tan natural en una época en que todo era privilegio. Entonces cada hombre se ocupó de obtener prerrogativas o extenderlas; hoy todo el mundo sabe que sólo los ciudadanos tienen derechos, y que el título de funcionario público sólo les da deberes que cumplir. Esta independencia de todo poder extranjero, en que hemos puesto la educación pública, no puede asustar a nadie, ya que el abuso sería inmediatamente corregido por el poder legislativo, cuya autoridad se ejerce inmediatamente sobre todo el sistema de educación.

La existencia de la instrucción libre y de sociedades cultas formadas libremente, ¿no opondrán todavía a este abuso un poder de opinión tanto más imponente cuanto que, bajo una constitución popular, ningún establecimiento puede subsistir? el de la ley? Además, hay una última autoridad a la que, en todo lo que pertenece a las ciencias, nada puede resistir: es la opinión general de los hombres ilustrados de Europa; opinión que es imposible engañar o corromper: sólo de esto depende toda celebridad brillante o duradera; es ella quien, volviendo a unirse a la reputación que todos adquirieron primero a su alrededor, le da más solidez y más brillo; es, en una palabra, para estudiosos,

Finalmente, la independencia de la educación es de alguna manera parte de los derechos de la especie humana. Puesto que el hombre ha recibido de la naturaleza una perfectibilidad cuyos límites desconocidos se extienden, si es que existen, mucho más allá de lo que aún podemos concebir, puesto que el conocimiento de nuevas verdades es para él el único medio de desarrollar esta feliz facultad, fuente de su felicidad y de su gloria, qué poder podría tener derecho a decirle: he aquí lo que debes saber; ¿Es este el término en el que debe detenerse? Puesto que sólo la verdad es útil, puesto que todo error es malo, ¿con qué derecho un poder, cualquiera que sea, se atrevería a determinar dónde está la verdad, o dónde está el error?

Además, un poder que prohibiese la enseñanza de una opinión contraria a la que sirvió de fundamento a las leyes establecidas, atentaría directamente contra la libertad de pensamiento, contradeciría el fin de toda institución social, el perfeccionamiento de las leyes; consecuencia necesaria del combate de opiniones y del progreso de la ilustración.

Por otra parte, ¿qué autoridad podría prescribir la enseñanza de una doctrina contraria a los principios que han guiado a los legisladores? Nos encontraríamos, pues, necesariamente, entre un respeto supersticioso a las leyes existentes, o un ataque indirecto, que, llevado a estas leyes en nombre de uno de los poderes instituidos por ellas, podría debilitar el respeto de los ciudadanos; queda, pues, un solo medio: la absoluta independencia de opiniones, en todo lo que se eleva por encima de la instrucción elemental. Es entonces que veremos la sumisión voluntaria a las leyes, y la enseñanza de los medios de corregir sus vicios, de rectificar sus errores, existiendo juntos, sin libertad de opinión que perjudique el orden público, sin respeto a la ley que obliga a los espíritus.

Si fuera necesario probar con ejemplos el peligro de someter la educación a la autoridad, citaríamos el ejemplo de estos pueblos, nuestros primeros maestros en todas las ciencias, de estos indios, de estos egipcios, cuyos antiguos conocimientos aún asombran, en quienes los la mente humana hizo tantos progresos, en tiempos de los cuales ni siquiera podemos fijar el período, y que volvió a caer en la estupefacción de la más vergonzosa ignorancia, en el momento en que el poder religioso se apoderó del derecho de educar a los hombres. Citaríamos a China, que nos ha advertido en las ciencias y las artes, y donde el gobierno ha detenido repentinamente todo progreso durante miles de años, al hacer de la educación pública parte de sus funciones. Citaríamos aquella decadencia en que la razón y el genio cayeron repentinamente entre los romanos y los griegos, después de haber subido al más alto grado de gloria, cuando la enseñanza pasó de las manos de los filósofos a las de los sacerdotes. Temamos, según estos ejemplos, todo lo que pueda entorpecer la libre marcha del espíritu humano. En cualquier punto que haya llegado, si cualquier poder suspende su progreso, nada puede garantizar ni siquiera el regreso de los errores más groseros; no puede detenerse sin volver atrás: y desde el momento en que se le marcan objetos que no podrá examinar ni juzgar, este primer término puesto en su libertad debe hacer temer que pronto ya no le quede más servidumbre si algún poder, cualquiera que sea, suspende su progreso, nada puede garantizar ni siquiera el regreso de los más groseros errores; no puede detenerse sin volver atrás: y desde el momento en que se le marcan objetos que no podrá examinar ni juzgar, este primer término puesto en su libertad debe hacer temer que pronto ya no le quede más servidumbre si algún poder, cualquiera que sea, suspende su progreso, nada puede garantizar ni siquiera el regreso de los más groseros errores; no puede detenerse sin volver atrás: y desde el momento en que se le marcan objetos que no podrá examinar ni juzgar, este primer término puesto en su libertad debe hacer temer que pronto ya no le quede más servidumbre

Además, la propia constitución francesa hace de esta independencia un deber riguroso para nosotros. Reconoció que la nación tiene el derecho inalienable e imprescriptible de reformar todas sus leyes: por eso quiso que, en la instrucción nacional, todo se sometiera a riguroso examen. No ha dado irrevocabilidad a ninguna ley desde hace más de diez años. Quería, por tanto, que se discutieran los principios de todas las leyes, que todas las teorías políticas pudieran enseñarse e impugnarse, que ningún sistema de organización social se ofreciera al entusiasmo o a los prejuicios, como objeto de un culto supersticioso, sino que todos fueran presentados a la razón. como diversas combinaciones entre las que tiene derecho a elegir. ¿Habríamos respetado realmente esta independencia inalienable del pueblo, si nos hubiésemos permitido fortalecer algunas opiniones particulares con todo el peso que les puede dar una enseñanza general; y el poder que se había arrogado el derecho de elegir estas opiniones, ¿no usurparía realmente una parte de la soberanía nacional?

El plan que presentamos a la Asamblea se ha combinado después de un examen del estado actual de las luces en Francia y en Europa; de lo que las observaciones de varios siglos han podido enseñarnos sobre el progreso de la mente humana en las ciencias y en las artes; finalmente, de acuerdo a lo que podemos esperar y prever de su nuevo progreso. Buscábamos lo que con mayor seguridad podía contribuir a darle un andar más firme, a hacer su progreso más rápido. Sin duda, llegará un momento en que las sociedades científicas, instituidas por la autoridad, serán superfluas y, por tanto, peligrosas, en que incluso cualquier institución pública de instrucción será inútil: será el momento en que no se temerá ningún error general. donde todas las causas que llaman el interés o las pasiones en auxilio de los prejuicios, habrán perdido su influencia; donde las luces se extenderán con igualdad y sobre todos los lugares de un mismo territorio, y en todas las clases de una misma sociedad; donde todas las ciencias y todas las aplicaciones de las ciencias serán igualmente libradas del yugo de todas las supersticiones y del veneno de las falsas doctrinas; donde cada hombre, finalmente, encontrará en su propio conocimiento, en la rectitud de su espíritu, armas suficientes para repeler todas las artimañas de la charlatanería: pero este tiempo aún está lejano; nuestro objetivo debe ser prepararnos para él, acelerar su época y trabajar para formar estas nuevas instituciones.